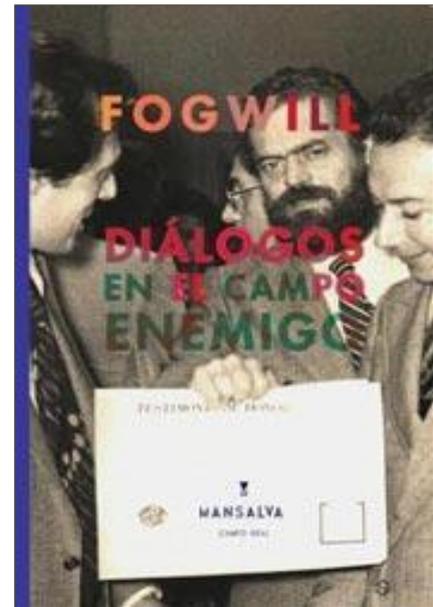




Montenegro, R. (2017). "Reseña bibliográfica: Rodolfo Fogwill, *Diálogos en el campo enemigo*".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, 6 (12), 221-225.

Rodolfo Fogwill
Diálogos en el campo enemigo
Buenos Aires
Mansalva
2016
126 pp.



Rodrigo Montenegro¹

Recibido: 17/07/2017

Aceptado: 31/07/2017

Publicado: 08/09/2017

**Fogwill en *El ojo Mocho*,
una escena de combate**

Entonces todo tu materialismo es un homenaje a la literatura...
Horacio González,
Diálogos en el campo enemigo

En 1997 Horacio González, Christian Ferrer, Eduardo Rinesi y María Pía López entrevistaron para la revista *El Ojo Mocho* a Rodolfo Fogwill. Durante ese extenso diálogo –publicado en el número 11 de la

revista encabezada por González y ahora reeditado en forma íntegra– el entrevistado desplegó su típico arsenal de provocaciones para registrar, con intermitencias digresivas, las variaciones de una memoria intelectual y política compartida, cuyo interlocutor privilegiado era el propio González. En un contrapunto dialógico no desprovisto de provocación, Fogwill recorría los vínculos de su pasado en la carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires para involucrarse con importantes figuras del campo teórico y la militancia revolucionaria argentina de las décadas del 60 y 70. La entrevista se proponía, en parte, como un salto hacia ese pasado; sin embargo, lejos de un registro minucioso y ordenado, la conversación se expandía siguiendo una lógica derivativa para conducir hacia puntos radicalmente distantes de la realidad argentina. En todo caso, el

¹ Doctor en Letras (UNMdP). Ayudante Graduado Regular en el Área de Teoría Literaria. Investigador del Centro de Letras Hispanoamericanas (Ce.Le.His.). Contacto: rdmontenegro@gmail.com



resultado es un diálogo que puede leerse como una microhistoria de las ideas políticas, las innovaciones recientes de la teoría cultural y las últimas novedades en la literatura argentina.

A lo largo de la conversación, Fogwill recuperaba para sí –y no sin cierto irónico goce personal– la imagen que Germán García trazara de él, para señalar su obstinación en componer esquemas especulativos con el objetivo paranoico de revisar “cada aparato simbólico” y así exponer “a qué materialidad, a qué instrumentos de producción refiere” (37). Este modelo interpretativo, que García nombra como “el reduccionismo del Viejo Vizcacha” (37), configura una práctica heterodoxa de pensamiento tensionada entre la banalidad y el rigor conceptual, entre la ironía desenfadada y la riqueza de un anecdotario históricamente privilegiado. En su descripción del mapa cultural argentino Fogwill se movía salteando bloques temporales para postular las resonancias entre dos años distantes, 1967 –como referencia a una publicación en el contexto de los debates sesentistas– y 1997, momento de la recordación. De esta forma, su discurso recuperaba las propias publicaciones militantes, las escisiones del Partido Comunista Argentino y sus implicancias en las ciencias sociales, sus vinculaciones con el trotskismo, los grupos de estudio, la militancia, la guerrilla, y finalmente, en una suerte de consecuencia inesperada, su articulación con la literatura. En el itinerario a través de ese pasado se delineaba una imagen de sí para modular una lógica personal y desvergonzada: “anecdótico la historia porque sí, porque es mi estilo ‘charlas de mamado’, pero este anecdotario puede ayudar a pensar la actualidad” (25). En efecto, las estrategias de Fogwill apelaban tanto a la irreverencia como a la trama intimista para señalar la continuidad entre dos momentos de la historia argentina –de la inminencia revolucionaria al menemismo–, y leer las huellas de ese pasado –sus luchas políticas y teóricas– en la materialidad del presente. Entonces, entre los ata-

ques y rescates a León Rozitchner, al grupo de *Pasado y Presente*, a Juan Gelman, al propio Horacio González y, en general, a una multitud de teóricos y militantes, se filtra un estilo que accede a esa memoria por medio de microrrelatos necesariamente discontinuos; pequeñas narraciones sobre las cuales se proyecta tanto una exploración crítica como la restauración del pasado.

Una anécdota aparentemente trivial anclada en el contexto de la dictadura de Onganía, se propone, al mismo tiempo, como la posibilidad para reconstruir un clima de época; aparece evocada (y teñida de irónica mordacidad) una escena cultural en la cual Marx, Freud, Mao y Mallarmé, releídos a través de la teoría francesa, formulaban la posibilidad teórica de una revolución intelectual que Fogwill describe, maliciosamente, como las “vísperas de la revolución copernicana debida al fin del logocentrismo occidental” (29). Fogwill recupera ese cambio de paradigma para las ciencias sociales, efectuado como consecuencia de la recepción de Althusser, Lacan y la semiótica estructural en el campo intelectual argentino. En consecuencia, se produce un trasfondo de análisis que repercute en las posibilidades políticas de las propias prácticas de pensamiento; con lo cual Fogwill se confiesa:

temía la burla de un lector como pudieron haber sido Verón o Carlos Olmedo. Pero Verón no estaba para leer boludeces y Olmedo, que dos años antes era celador del Buenos Aires y estudiaba filosofía conmigo y empezaba a leer a Saussure, ya estaba dialogando con el Che, por recomendación de Althusser (29).

Colocado como interlocutor directo de los protagonistas de esa memoria cultural, Fogwill subraya la valoración ostensible de la práctica teórica y su importancia en la sensibilidad política; incluso para lanzar una hipótesis histórica en la que se

advierte la igualdad existente entre cuadros teóricos y cuadros de militancia militar: “creo que todos compartimos la certeza de que los cuadros teóricos, para interpretar la cosas y crear dispositivos de dominación estaban filosóficamente tan dotados como los cuadros militares para enfrentar la violencia defensiva del Estado” (32). Arrojada en una conversación cuyo contexto es la argentina neoliberal del menemato, la noción misma de “cuadro teórico” reactiva la vocación fogwilliana por la crítica política para entender la producción de pensamiento como herramienta material de intervención en la lucha política, modulándose en una clara acepción althusseriana. En este sentido, Fogwill (discípulo confeso de Eliseo Verón) hace explícita la trama que reúne sus vínculos y disputas con militantes revolucionarios, formando parte de una compleja escena político-cultural involucrada en el reparto de saberes, identidades y voces. Desde el marxismo al estructuralismo (y sus respectivas renovaciones) la entrevista despliega un campo de sentidos sobre el cual –aún después de treinta años– Fogwill sostenía, indagado con insistencia por Christian Ferrer, una identidad: “Yo soy materialista histórico” (32). Sin embargo, en el mismo instante en el que se produce esa contundente declaración de identidad, se formulaba, en destiempo, su contralectura: “Ni el marxismo oficial ni el guerrillerismo de la época toleraban una interpretación tipo materialismo histórico” (32). Aparece, entonces, el materialismo iconoclasta de Fogwill como una estrategia para desmontar conceptos, formas de organización de las prácticas políticas y aparatos institucionales, todos ellos evaluados como instrumentos para la “producción de orden y subordinación” (37). La provocación se convierte, entonces, en la clave de la relectura, desplegando su efecto crítico como procedimiento de resistencia frente a la cristalización de ese pasado narrado en primera persona. El punto álgido de esta polémica se encuentra en la dimensión del horror implicada en el “Proceso de Reorganización Nacional”; Fogwill sostuvo,

hasta la crispación, una tesis contundente e incómoda para su evaluación histórica: la indiferencia generalizada de la sociedad argentina frente al terrorismo de Estado.

En definitiva, toda la irreverencia fogwilliana se focaliza en el contrapunto polémico explícito hacia los integrantes de *El Ojo Mocho*, en especial hacia Horacio González. En ese diálogo Fogwill se empecina en advertir los peligros de la subordinación al relato colectivo, y visualiza en González la representación de un discurso cuya genealogía incluiría los pensadores nacionales, desde Martínez Estrada a Carlos Astrada. En este sentido, se delinea una controversia vinculada al trabajo intelectual; para Fogwill, el peligro se encuentra en la producción de un pensamiento aliado, de algún modo, a la consolidación de una forma de relato colectivo. El problema se despliega hacia una serie de nombres que describe como contraejemplos intelectuales –Marinetti, D’Annunzio, Heidegger, Lugones, Marechal– cuya conexión se advierte al considerar el problema de la figura del intelectual y su relación con el poder, las instituciones y las diversas formas de una identidad cultural colectiva. En ellos, Fogwill lee los anti-modelos, contraejemplos intelectuales, y en su lugar diagrama una suerte de imperativo formal vinculado a la productividad del pensamiento: “no ‘debemos’ hacerlo porque apostamos a que nuestro producto intelectual tiene algún sentido y preservar nuestros instrumentos de trabajo” (25). Esa preservación saltea cualquier imperativo político-moral-colectivo para encontrar una justificación fundada en la continuidad lenguaje-pensamiento entendida como dispositivo de producción. Así, contra el “compromiso intelectual”, Fogwill opone un “microcompromiso” (50) ligado a las condiciones materiales de circulación de los discursos y su propiedad. Del mismo modo, frente al supuesto deber implicado en una preceptiva ético-política, Fogwill ataca desde una resistencia paradójica, es decir, revelando la potencia crítica de un lenguaje esgrimido como contradicción a

los objetivos tácticos y políticos desplegados por sus compañeros de generación —entre ellos el propio González:

la capacidad de pensar lo que no se debe, exponerse a la propia representación de lo que hace doler, ocuparse en lo que no garantiza un resultado útil para los mercados de ideas, cosas o votos y en lo que ni siquiera da señales de llegar alguna vez a ser expresable en palabras, frases, doctrinas o poemas, esa capacidad se pierde en el ejercicio de transar y servir, que son relaciones sociales equivalentes (28).

La posición de Fogwill se orienta hacia una redefinición irreverente de la práctica crítica en la sociedad argentina de la década del 90; en esta perspectiva, el único deber del intelectual, “es conservar su instrumento, perfeccionarlo” (29); con lo cual, la continuidad escritura-pensamiento se sustrae a cualquier tipo de utilitarismo para enfrentarse a la *doxa*, es decir, al discurso social y cristalizado. Como resultado se configura una política del lenguaje en contradicción con las formas institucionalizadas del discurso colectivo; pensar y escribir contra los mitos literarios, contra la tradición del pensamiento nacional, contra una figura de escritor subsidiaria a estas construcciones son instancias de esa disputa que opone a las “máquinas de violencia” (54) —cuyo fin es la conservación del equilibrio social— una “máquina de producción” (54). Para Fogwill, el trabajo con el lenguaje se ejecuta a contramano de cualquier forma de relato mítico circulante en el imaginario; y es a través de ese lugar de enunciación donde se perfila una “resistencia atávica a la comunión masiva” (47): preservar el lenguaje como herramienta de trabajo es resistir “a la alucinación colectiva” (47). En este sentido, elaborar una productividad maquina en oposición a los modos de control social y disciplinamiento forma parte de una genealogía crítica que incluye las lecturas de

Lévi-Strauss, Althusser y Foucault; una indagación sobre el funcionamiento de las tramas sociales, subjetivas, políticas y, finalmente, literarias, como forma de advertir a qué intereses responden, a qué trama microfísica del poder se sujetan. La máquina de producción fogwilliana es un intento por componer una imagen de la literatura, y de aquellos que intervienen en su experiencia, como régimen de producción cuyo funcionamiento se orienta a proponer una resistencia fundada en un uso estético, crítico y disensual del lenguaje, y que incluso hace del régimen literario un territorio para la exploración sobre las condiciones de la lengua, sus herencias y genealogías, sus modos de representación y su consecuente posibilidad de resquebrajamiento.

Frente a los modelos sociológicos de proyección interpretativa, contra las filosofías asociadas al pensamiento “débil” postmodernista, frente a la escritura asistemática de los proyectos postestructuralistas, Fogwill reivindica en un gesto de modernidad tardío el pensamiento sistemático y, sobre todo y ante todo, la literatura. No es un gesto trivial que a cada argumento involucrado en el deber o la exigencia intelectual reclamado por los integrantes de *El Ojo Mochó* Fogwill responda con un contraargumento literario. Desde Mallarmé a Rubén Darío, de Pessoa a Gelman, de Aira a Zelarayán, Uhart, Mattoni o Gambarotta la literatura se impone como una posibilidad de acción enfrentada a una sociedad disciplinada. El cinismo irreverente del gesto fogwilliano sea, quizás, la marca de una derrota y de una represión, el signo de una complicidad nunca del todo confesada. Sin embargo, al mismo tiempo, en ese cara a cara esgrimido contra González —quizás su lector y crítico privilegiado— emerge la lucidez de un pensamiento que se hace en el conflicto para encontrar un punto en común, una tierra de nadie compartida: la preocupación legítima por la lengua argentina: “Si perdemos la palabra” sostiene Fogwill, “perdemos todo” (105). En este

punto, los sociólogos coinciden, la batalla parece encontrar un espacio para la tregua.